

ANTHONY GRAFTON

*Falsarios y críticos: creatividad e impostura  
en la tradición occidental*

Barcelona, Crítica, 2001, 161 p.

Para quienes conozcan la obra científica del autor —su estudio fundamental sobre J. Escalígero, *A study in the history of classical scholarship* (Oxford, 1983); *From humanism to the humanities* (1986); *Defenders of the text: the tradition of scholarship in an age of science* (1450-1800)— poco viene a enseñar este volumen, en el que se reúne un ciclo de conferencias pronunciadas en el marco de las Walter Edge Public Lectures de la Universidad de Princeton.

Para el lector profano o el estudioso poco familiarizado con la tradición de los métodos filológicos, el libro, además de ameno, constituye un instrumento intelectual de primera calidad para entender mejor eso que ha dado en llamarse la tradición occidental.

El libro no se propone grandes metas. En realidad es una breve introducción a los problemas de la filología, al objeto de sus estudios y el origen de sus métodos, diferente, por tanto, en concepción, a la monumental *Historia de la filología clásica*, de Rudolf Pfeiffer. Esta brevedad e inmediatez en la exposición de sus temas para ejemplificar la tesis central de la obra, constituye uno de los puntos flacos del libro. Conceptos bien conocidos de los filólogos como, por ejemplo, la distinción entre apócrifo, pseudoapócrifo y pseudoépigrafo, apenas se perfilan en la obra, una falta que quizás debía haber suplido el traductor. Pero no olvidemos que el libro, muy tardíamente traducido al castellano, va dirigido a un público culto anglosajón, en el que la tradición clásica tiene un peso y un significado muy superior a nuestra pobre e inquisitorialmente mediatizada filología.

Aun así, el libro ofrece datos que sorprenderán seguramente al lector no especialista. Por ejemplo, que la mitad de los documentos legales de la época

merovingia son flagrantes falsificaciones, o que los dos tercios aproximadamente de los documentos eclesiásticos anteriores a 1100 son igualmente espurios.

La tesis central del libro la constituye, sin embargo, la relación dialéctica existente entre falsificadores y críticos. Grafton expone con gran claridad y amenidad los esfuerzos de unos y otros para desarrollar nuevas técnicas y métodos de falsificación y de detección de las mismas. La crítica filológica se nos muestra como una apasionante tarea de detección del fraude, interesado o no.

En consecuencia Grafton dedica sendos capítulos a cada bando. El capítulo I («Falsarios y críticos a lo largo del tiempo») bosqueja una breve historia de las falsificaciones (desde las obras de Acusilao de Argos —que pretendía haber obtenido su información gracias a unas láminas de bronce encontradas en el jardín de su casa, iniciando así uno de los grandes *tópoi* de la falsificación occidental, el del objeto (estela, tablilla, papiro o manuscrito) encontrado en un lugar inaccesible, copiado y nuevamente perdido— hasta auténticas joyas de la falsificación, como la Carta de Aristeas, la Donatio Cosntantinii, el poema del bardo Ossian, obra del impostor McPherson, o la fíbula de Preneste que este reseñante debió aún estudiar en los manuales como muestra del latín arcaico.

Cada una de estas falsificaciones obedece, sin embargo, a motivos diferentes: algunos casuales, fruto de la tradición de un *corpus* enorme al que se le fueron agregando pseudoepígrafos sin más pretensión que completar, ampliar o interpretar la obra originaria (el caso de los pseudoepígrafos de Platón, de Aristóteles, del Nuevo testamento); en otros casos, como en el de la Donatio Cosntantinii, hay una clara intención política; el de Ossian se debe al clima romántico en que se gestó la celtomanía que está en la base de movimientos políticos como la independencia de Irlanda. Grafton contempla, con la serenidad e indulgencia de quien conoce bien el tema, ha reflexionado sobre él y sacado conclusiones sobre los motivos de la conducta humana, la larguísima historia de las falsificaciones — algunas tan recientes y burdas como la de los diarios de Hitler— literarias y eruditas occidentales como un microcosmo en el que se reflejan, en un amplio abanico, casi todos los aspectos de la condición humana. Un microcosmo libresco, pero no por ello menos apasionante, que sedujo genialmente a Borges y tan pingües resultados ha rendido a Eco.

En el capítulo II («Especies y técnicas de la impostura») el autor trata en extenso los métodos y motivaciones de los falsificadores (muchos de ellos anónimos) para mostrar la ocasión y los procedimientos con que llevaron a cabo su impostura. La conclusión de esta clara exposición es que el falsificador se ve siempre traicionado por su anacronismo, porque, quiéralo o no, acaba siempre por imprimir a su falsificación las estructuras mentales, el clima intelectual e ideológico de su tiempo, la lengua y el pensamiento de su época.



En el capítulo III («Tradición e innovación en la crítica») Grafton estudia en detalle la labor de tres críticos de diferentes épocas: Porfirio, Casaubon y Reitzenstein, a propósito de sus trabajos sobre el *Corpus Hermeticum*, para demostrar que los tres utilizaron sus capacidades críticas y sus conocimientos históricos con el fin de defender la autoridad de las doctrinas religiosas o filosóficas que ellos mismos sostenían. La afilada crítica de estos tres eximios representantes en la detección de falsificaciones, se vuelve menos aguda cuando se enfrenta a textos que coinciden con sus presupuestos y convicciones.

El capítulo IV («De la tradición a la crítica: técnicas de la metamorfosis y metamorfosis de la técnica») está dedicado especialmente a uno de los mayores y más influyentes falsificadores de la tradición occidental, Annio de Viterbo o Giovanni Nanni. Este erudito no encontraba dificultad en leer textos etruscos, en inventarse antiguas inscripciones o en pretender que su ciudad nativa era la auténtica receptora de la antigua sabiduría caldea y judía, apropiada inadecuadamente por los griegos. Su falso Beroso ocupará por mucho tiempo la atención del público y de la crítica. La falsificación de Nanni, antes de ser refutada como tal, tuvo una repercusión inmensa en la historiografía y, consecuentemente, en la fundamentación ideológica de derechos y privilegios. Hasta época muy reciente se ha dejado sentir su influjo.

No obstante, en esta historia de Annio de Viterbo el lector puede apreciar cómo toda la artillería crítica que se movilizó contra ella y contra falsificaciones semejantes puso las bases de la moderna filología, historiografía, antropología, paleografía, historia de las mentalidades, etc.

La exposición de Grafton no es por ello maniqueísta. Como ya hemos dicho, cada falsificación obedece a razones diferentes y todas llevan las huellas de su época. Erasmo, cuya incisiva crítica y su excelente conocimiento del griego y del latín, detectó falsificaciones tan notorias como la correspondencia de Séneca o algunas de las epístolas de S. Pablo, no sintió ningún recelo en falsificar una pretendida obra, *De duplici martirio*, de S. Cipriano. Y, a la inversa, el falsificador Annio de Viterbo formuló excelentes normas para poder distinguir entre lo falso y lo verdadero.

El libro se completa con una utilísima «Orientación bibliográfica», que muestra el pleno conocimiento y dominio de la cuestión del autor, así como con un índice onomástico que permite una rápida consulta sobre una cuestión concreta.

Adorna el libro una serie de preciosas ilustraciones que reproducen, en la mayoría de los casos, la portada de algunas de las falsificaciones estudiadas.

La traducción es muy correcta y añade alguna bibliografía en castellano sobre el tema del libro. Hay que señalar, sin embargo, la transcripción incorrecta de algunos nombres griegos (Artemisa por Ártemis, en p. 18, n. 8); alguna nota

incomprensible (p. 27, n. 28: Edward Champlin lo estudia con «aticismo»?); y alguna traducción sorprendente (como esos griegos «trashogueros» de la p. 51):

Libro, pues ameno, muy bien documentado y claramente expuesto dirigido al público culto, del que pueden beneficiarse también los especialistas.

ANTONIO MELERO  
*Universitat de València*

